

mandato te hace doblemente apetecible, porque manifiesta el bien que de ti resulta y la necesidad que tenemos de él. El bien que no se conoce, no es tal bien, y el poseer lo que no se aprecia es como si no se poseyese. En suma ¿qué nos prohíbe? El saber, es decir, nuestro bien; nos prohíbe adquirir la sabiduría; pero semejante prohibición no puede obligarnos á nosotros. Y si la muerte ha de venir después á esclavizarnos ¿de qué nos sirve esa libertad concedida á nuestra naturaleza? El día que comamos de ese fruto es el de nuestra perdición; ¡moriremos! Pero ¿ha muerto la serpiente? ¿No ha comido de él, y sin embargo vive, y conoce, y habla, y discurre, y raciocina, cuando ántes estaba privada de razón? ¿Ó es que la muerte se ha inventado sólo para nosotros, y que se nos niega el alimento intelectual concedido á los irracionales? Pues si únicamente se concede á estos ¿cómo el primero que ha gustado de él, lejos de mostrarse avaro de tal bien, lo ofrece tan espontáneamente, sin interés alguno, por amistad hácia el Hombre, ajeno á toda especulación y engaño? ¿Qué tengo, pues, que temer, ó más bien, por qué abrigo temor alguno en la ignorancia en que estoy del bien y el mal, de Dios y de la muerte, de la ley y del castigo? Remedio da para todo este divino fruto, tan hermoso á la vista, tan grato al paladar, con su virtud de infundir la ciencia. ¿Quién me impide cojerlo, y alimentar con él mi cuerpo y mi espíritu á la vez?»

En mal hora discurrió así; que acabando de decir esto, alargó su temeraria mano, cogió el fruto, y comió de él! En el mismo momento la tierra se sintió herida; la naturaleza toda, estremecida hasta en sus últimos cimientos y exhalando un quejido de cada una de sus obras, anunció con dolorosas angustias que todo se había perdido. Ocultóse el perverso reptil en la espesura del bosque, y pudo hacerlo sin que lo advirtiese Eva, que totalmente entregada á la satisfacción de su apetito, á nada más atendía. No había, al parecer, experimentado hasta entónces placer igual en ningún otro fruto, fuese que realmente lo sintiera así, ó que en la ilusión de la ciencia que iba á adquirir se lo imaginara. No se apartaba de su pensamiento la idea de su divinidad; devoraba el fruto con ansioso afán, sin conocer que comía su muerte. Y luego que se hubo saciado, cual si estuviese exaltada de embriaguez, dando rienda á su júbilo, lo expresó así:

«¡Oh árbol soberano, en quien tan alta virtud reside, el más precioso de todos los del Paraíso! ¡Que siendo tu bendito fruto la sabiduría, haya estado hasta hoy oscurecido, menospreciado, pendiente de ti y creado sin utilidad alguna! Tú serás



OCULTÓSE EL PERVERSO REPTIL EN LA ESPESURA DEL BOSQUE....

es justo, á tus alabanzas, todos los dias, al venir la aurora, te visitaré, y aligeraré tus ramas del fértil peso de que están cargadas y con que brindas á todos tan liberalmente; hasta que, alimentada por tí, adquiriera suficiente caudal de ciencia para igualarme á los dioses, á esos dioses dotados del conocimiento de todo, y que envidian á los demás lo que ellos no pueden concederles; que si fuesen suyos los dones que tú das, seguramente no brillarias aqui. Y ¡cuán reconocida ¡oh experiencia! no debo estarte desde que eres mi mejor guía! Por no seguirte, he estado hasta hoy sumida en la ignorancia; mas ya me abres el camino de la ciencia y me introduces en el asilo más recóndito en que se oculta. Yo quizá estoy oculta tambien: el cielo está tan alto, que desde su remota esfera no se perciben distintamente las cosas de acá abajo, y tal vez distraido en otros cuidados nuestro gran Legislador, confia su continua vigilancia á los ministros que le rodean.

»Pero ¿cómo compareceré ahora yo en presencia de Adan? ¿Le daré conocimiento de la mudanza que hay en mi, le haré participe de toda mi felicidad, ó me reservaré la ciencia que he adquirido sin comunicársela? Esto postrero añadirá á mi sexo lo que le falta, acrecentará su amor, y me hará igual á él, y acaso superior, que sin duda es preferible; porque mientras sea inferior ¿qué libertad disfruto? Esto es lo que conviene. Mas ¿y si me ha visto Dios? ¿Y si me aguarda la muerte? ¡Quedar privada de la existencia! Adan entónces se uniría á otra Eva, y faltando yo, seria feliz con ella! De sólo pensarlo me siento ya morir. No: llevaré á cabo mi resolucion! Adan me acompañará en la prosperidad ó en el infortunio. Le amo con tal ternura, que arrostraré con él todas las muertes, porque vivir sin él no seria vida.»

Y diciendo esto, se apartó del árbol para alejarse, pero ántes hizo una profunda reverencia al poderoso sér que residia en él y le infundia la sávia de la ciencia, de que manaba el néctar, alimento de los dioses.

Adan, en tanto que impaciente esperaba su vuelta, de las más selectas flores habia tejido una guirnalda para adornar los cabellos de la que merecia ver coronadas sus tareas campestres, como cuando los labradores ofrecen una corona á la reina de sus sembrados. Recreábase en mil alegres pensamientos y en el placer con que volveria á verla despues de tan larga ausencia, y sin embargo, algo de funesto presentia á veces su corazon en los desiguales latidos con que palpitaba; y asi se adelantó á aguardarla, siguiendo el camino que habia tomado al separarse de él. Conducia éste al árbol de la ciencia, y la encontró á poco de

haberle ella dejado. Vió que llevaba en la mano una rama llena de hermosos frutos, cubiertos de brillante vello y que difundian en torno la fragancia de la ambrosia. Apresuróse Eva á llegar; ántes de hablar, expresaba en el rostro su disculpa y la defensa de su tardanza, y con las cariñosas palabras de que sabia usar, le dijo de esta manera:

«Adán ¿has extrañado mi larga ausencia? ¡Cuánto te he echado de ménos! y separada de ti ¡qué lento me ha parecido el tiempo! Agonia de amor semejante, no la he experimentado nunca, ni la experimentaré otra vez, porque no volveré á exponer mi inexperiencia y temeridad al tormento que he sentido en estar léjos de ti; pero el motivo ha sido tal, que te admirarás de oirlo.

»Este árbol no es, como nos habian dicho, peligroso por sus frutos, ni son estos origen de males desconocidos: todo lo contrario; producen un divino efecto, abren los ojos á una nueva luz, y convierten en dioses á los que los prueban, como he tenido ocasion de verlo. La sábia serpiente no está sometida al precepto que nosotros, ó no se ha sometido á él: ha comido de este fruto, y en vez de hallar la muerte, que á nosotros nos amenaza, ha adquirido desde luego el habla humana, el discurso humano, y raciocina que es un asombro. Sus persuasiones me han convencido de suerte, que yo tambien he comido, y he experimentado cuán verdaderos son los efectos: se han abierto mis ojos, cerrados ántes; se ha engrandecido mi espíritu, ensanchado mi corazón, y yo elevádome á la divinidad; divinidad que anhelo principalmente para tí, y que sin tí no apetecería; porque la ventura, si tú no participas de ella, no me haría á mi venturosa, y el disfrutarla sin tí engrandecería en mi hastio y aborrecimiento. Gusta pues de este fruto, para que permanezcamos los dos unidos, y sea igual nuestra suerte, igual nuestro gozo y nuestro amor igual. Si no lo haces, nuestra condicion no será la misma; nos veremos separados, y aunque yo renuncie por tí á la divinidad, quizá sea tan tarde, que el destino no lo consienta ya.»

Con tan lisonjeras expresiones referia Eva lo acaecido, pero en sus mejillas se notaba cierto tinte de rubor. Adán, por su parte, al oír tan funesta declaracion, quedó sorprendido y anonadado; helósele la sangre en las venas, y corrió por todos sus miembros un estremecimiento. Sus manos privadas de accion dejaron caer la guirnalda que tenia preparada para Eva, cuyas flores, esparcidas por el suelo, se marchitaron. Permaneció algun tiempo confuso y mudo, hasta que por fin rompió el silencio, empezando por decirse á si mismo:

«¡Oh hermoso sér, obra la más acabada y perfecta de la creacion, criatura en quien Dios apuró para deleite de los ojos y el pensamiento cuanto hay de santo y divino, de bueno, de afectuoso y de encantador! ¡Que así te hayas perdido! ¡Que en un instante te veas en tan miserable estado, postrada, envilecida y condenada á muerte! ¿Cómo has podido resolverte á infringir tan estrecho mandamiento, y á tocar con sacrilega mano el fruto prohibido? Algun falaz artificio de un enemigo á quien no conocias te ha seducido y causado tu perdicion y la mia, porque yo estoy resuelto á morir contigo. Privado de ti ¿cómo he de vivir? ¿Cómo renunciar á tu dulce compañía, al amor que tan estrechamente nos une, ni sobrevivirte en la soledad de estos salvajes bosques? Porque aunque Dios crease otra Eva, producida nuevamente de mi costado, jamás te apartarais tú de mi corazón. No, no: la naturaleza me encadena á ti con indisoluble lazo. Eres la carne de mi carne, el hueso de mis huesos, y en la prosperidad como en el infortunio, mi suerte será siempre la tuya!»

Y profiriendo estas palabras, como quien recobrado de un profundo desmayo, y despues de luchar con mil opuestos pensamientos, se somete á lo que le parece irremediable, así con tranquilo ánimo se volvió á Eva añadiendo:

«¡Qué accion tan temeraria has cometido, irreflexiva Eva, y qué peligro tan grande has arrostrado, no sólo al poner tus ojos en el fruto prohibido, prohibido tan terminantemente, sino lo que es mucho más, en gustar de él cuando nos estaba vedado hasta tocarlo! Pero ¿quién puede anular lo pasado, y no hacer lo que ya se ha hecho? Ni Dios con todo su poder, ni aun el mismo Hado. Quizá no morirás por esto: quizá tu accion sea ménos vituperable, por haber gustado ántes y profanado ese fruto la serpiente, haciéndolo común á los demás y privándole de su carácter sagrado. Y si para ella no ha sido mortal, sino que vive, y vive, segun dices, adquiriendo la vida del Hombre, indicio es muy favorable para nosotros, que con este alimento podemos obtener una superioridad proporcionada á nuestra naturaleza, que necesariamente será de dioses, de ángeles ó de semidioses. Ni me resuelvo yo á creer que Dios, sábio Creador, aunque nos haya amenazado con la muerte, quiera destruirnos tan pronto, siendo sus criaturas predilectas y habiéndonos elevado á tanta dignidad sobre todas sus demás obras: las cuales despues de haber sido hechas para nosotros perecerian, porque dependen de nuestra suerte. ¿Ha de ponerse Dios en contradiccion consigo mismo, deshaciendo hoy lo que ayer hizo, y perdiendo el fruto de sus trabajos? ¿Puede